



**BUENOS AIRES**

**GUILLERMO  
SACCOMANNO  
CIUDAD  
EVITA**



**Buenos aires  
de lectura**

**Presidenta de la Nación**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

**Ministro de Educación**

Prof. Alberto Sileoni

**Secretaría de Educación**

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

**Directora del Plan Nacional de Lectura**

Margarita Eggers Lan

**Coordinación Plan Lectura Región 2:**

Alicia Dieguez

E-mail: [lecturadieguez@googlemail.com](mailto:lecturadieguez@googlemail.com)

**Gobernador de la Prov. de Buenos Aires**

Sr. Daniel Scioli

**Director General de Cultura y Educación**

Prof. Mario Oporto

**Subsecretario de Educación**

Lic. Daniel Belinche

**Subsecretario Administrativo**

Sr. Gustavo Corradini

**Vicepresidente del Consejo General**

Prof. Daniel Lauría

**Directora Provincial  
de Educación Superior**

Lic. María Verónica Piovani

**Directora de Capacitación**

Lic. Alejandra Paz

**Coordinadores del Programa Provincial  
de lectura en la escuela**

Doc. Miguel Dalmaroni

[dalmaroni@gmail.com](mailto:dalmaroni@gmail.com)

Prof. Ángela Pradelli

[cplaescuelaleemas@ed.gba.gov.ar](mailto:cplaescuelaleemas@ed.gba.gov.ar)

---

"Ciudad Evita", de Guillermo Saccomanno  
en *El pibe*. Grupo Editorial Planeta, 2006

© Guillermo Saccomanno

© Grupo Editorial Planeta

Diseño de tapa y colección: Plan Lectura 2009

Colección: Buenos aires de lectura

**Ministerio de Educación**

Secretaría de Educación

Plan Lectura 2009

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075/1127  
[consultas-planlectura@me.gov.ar](mailto:consultas-planlectura@me.gov.ar) - [www.planlectura.educ.ar](http://www.planlectura.educ.ar)

República Argentina, 2009

## CIUDAD EVITA

GUILLERMO SACCOMANNO

Cuando mi padre escribe esa novela que no terminará nunca, el barro de Mataderos se convierte en un blasón. Una estirpe de coraje. Pero él hace rato que dejó atrás el barro y los hermanos no le perdonan que sea distinto. Vos te creés de categoría, le dicen sus hermanos. Yo me cultivé, se defiende mi padre. Vos siempre te creíste fino, le reprochan ellos. Y lo cargan:

Por qué no te mudás a la Avenida Quintana.

En una racha de malaria, como la llama mi padre, acorrallado, prefiere no mangar a sus hermanos sino a unos tíos suyos que viven en Ciudad Evita. Son los pudientes de su familia.

Unos estirados, dice mi padre.

El tío de mi padre, hermano del motorman, fue tranviario también. Y su mujer, modista. Tienen un hijo doctor y una hija profesora de piano. Todo un mérito.

Si hoy son pudientes, dice mi madre, es por toda una vida de privaciones.

Antes que pedirles prestado a los de Ciudad Evita, suele asegurar mi padre, me corto el brazo derecho.

La abuela mira a mi padre con sarcasmo.

Mi padre le responde la mirada:

De qué más tenemos que privarnos nosotros.

De sus benditos libros, para empezar, dice la abuela.

Durante el gobierno de Perón los parientes de Ciudad Evita aprovecharon la volada. Se afiliaron al partido y empezaron a frecuentar una Unidad Básica con tal de apurar el préstamo bancario que les facilitó pasar de una planta baja al fondo en Mataderos a un chalet en Ciudad Evita, en esa zona de la provincia que hasta el derrocamiento de Perón se proyectaba como modelo de barrio justicialista. A mi padre no lo indigna

tanto que sus parientes se hayan afiliado como que ahora, después del golpe de la Fusiladora, renieguen de aquella simpatía hacia Perón. A mi padre lo enerva que sus parientes olviden ese pasado no tan remoto. Y que ahora la vayan de demócratas cristianos.

Voy a escribir sobre ellos, amenaza mi padre. Son el oportunismo pequeñoburgués.

Los primos de mi padre, al obtener un título, alcanzaron lo que se llama una posición. El primo médico, por miedo a los padres, nunca levantó la cabeza de los manuales de medicina. La primera vez que vio una mujer desnuda fue en la morgue.

Ni que hubiera estudiado teología en lugar de medicina, dice mi padre.

Y su prima, con esa joroba. Ya pasó los cuarenta sin mirar nunca por arriba de las partituras. Esa joroba que tiene es el monumento a la genuflexión. Y por más que repita *Para Elisa* en el piano, la profesora de música no arranca del teclado una sola nota de sentimiento.

Si el sordo llega a levantarse de la tumba, le agarra los dedos con la tapa del piano, dice mi padre.

Ciudad Evita queda pasando los cuarteles de La Tablada. Las calles todavía son de tierra, pero los chalecos nuevos, con sus techos de tejas y sus jardines le otorgan un respetable aire de prosperidad. En el frente del chalet, a un costado de la puerta, hay dos chapas de bronce, una sobre la otra: la del consultorio médico arriba y la de la profesora de teoría y solfeo, debajo. Porque sus primos, el médico y la profesora, nunca se fueron ni se irán de la casa de sus padres.

El médico y la profesora de piano, igual de escuálidos y silenciosos, conquistaron sus títulos obedeciendo más a las pretensiones de sus padres que a sus propias ganas. Ahora, con sus títulos, se hacen los importantes. A mi padre lo nombran en diminutivo y lo tratan con un respeto que es

casi lástima. No es lo mismo ser un muchacho preparado, como ellos llaman a mi padre, que tener un título. La falta de un título lo avergüenza más que un defecto físico.

Si tuvieras un título, le repiten, tendrías más futuro. Con tus ideas nunca vas a salir adelante. No hacés más que contraer deudas. Sos incapaz de agachar la cabeza y conservar un trabajo pensando en tu familia.

Al socorrer a mi padre, estos parientes experimentan un placer morboso. Y la van de magnánimos. Porque ellos, a su manera, valoran el idealismo de mi padre. Un escritor siempre prestigia a la familia.

El último Año Nuevo los parientes nos invitaron a festejar con ellos. No traigan nada, le dijeron los tíos a mi madre. Para no ser menos, mi padre compró pan dulce, sidra, turrones, fruta brillantada, nueces, castañas. Cuando llegó a casa con esa compra, mi madre le dijo que era un derroche.

No vamos a ser menos, le contestó él.

Con qué dinero lo compraste, preguntó ella.

Pedí un adelanto en la sastrería, dijo él.

Estás loco, dijo ella. Y también: La soberbia te va a matar.

La compra de mi padre parecía ostentosa en casa. Pero en lo de sus tíos, bajo un techo cargado de muérdago y guirnaldas, frente a una interminable mesa de manjares, era una bolsa de almacén pobretona. Su tía recibió con una sonrisa la bolsa y la quiso llevar a la cocina, pero mi padre le insistió para que dejara algo en la mesa. Ellos habían puesto una mesa que apabullaba: además de los vinos finos, había lechón, pescado en escabeche, ensalada rusa, pavo, vitel toné, varias clases de fiambre, quesos y paté. Después vendrían canelones, pollo al horno con papas y batatas y, de postre, duraznos en almíbar, tortas y helados. Más tarde, la sidra, el champagne y las frutas secas.

Es para humillar, dijo mi padre por lo bajo. Después comen fideos con manteca todos los días.

Y mi madre:

Terminala, querés.

Los parientes de Ciudad Evita habían invitado, a su vez, a otros parientes, primos de mi abuela paterna, la finada esposa del motorman, una familia inesperada para mí. Me pregunté por qué mi padre nunca me había hablado de toda esa parentela. Mi abuela paterna siempre había sido esa mujer joven de expresión entre dulce y melancólica en el retrato blanco y negro que miraba obsesivo mi abuelo el motorman. Cuando hablaba de su madre, mi padre nunca mencionaba a la familia de este lado de su genealogía, la materna. Ahora, en esta noche de Año Nuevo, aquí estaban. Y no eran unos pocos. Una infinidad de hombres y mujeres, muchachos y chicas, nenes y nenas. Todas esas caras eran nuevas. Me puse a buscar afinidad en los rasgos. Encontré no pocas similitudes: narices, lóbulos de orejas, ojos, labios, perfiles, gestos, modos de hablar, risas. Todos eran efusivos. Todos eran afectados en sus saludos y mi padre no se quedó atrás. Eran rotundos en sus afirmaciones, exclamativos y tajantes. Y formaban un clan de iniciados en alguna verdad secreta: la superioridad de la sangre italiana sobre la criolla y española, la afinidad por la ópera, la voluntad de ascender, una confianza solidaria en las relaciones de parentesco aun cuando, en la práctica, estas se asentaban en la envidia y el resentimiento. Me pregunté por qué mi padre nunca había hecho demasiada referencia a esta rama de su familia que tanto se le asemejaba. Creí entender: mi padre huía de ese parecido.

También me quedó en claro otra cosa: que ellos establecían una distinción entre mi padre y sus hermanos. Si mis tíos no habían sido invitados a este festejo, se debía a que eran unos perdedores y, por más que mi padre enalteciera el barro, ellos

siempre serían parias que merodeaban el límite entre la miseria y lo delictivo, corriendo el riesgo de ensuciar el apellido. Mi padre, en cambio, era diferente. Que amenazara con escribir sobre esta parentela era, en más de un sentido, su venganza. Y si ellos eran a su vez condescendientes con él, se debía al temor de figurar caricaturizados en una novela.

No había terminado la comilona cuando dieron las doce, todos se levantaron de la mesa, se cayeron algunas sillas, se volcaron copas empapando el mantel, hubo brindis y abrazos. Para besarse, se agarraban de la nuca, se miraban a los ojos, lagrimeaban emocionados, alzaban las copas, se reían a carcajadas y se deseaban lo mejor. En esta efusión celebraban todo lo que se querían, lo bueno que era tener una gran familia, unida.

Afuera estallaban los tiros y los petardos. La noche se iluminaba con los fuegos de artificio. Estruendo y haces multicolores. Las estrellas eran menos estrellas en ese despliegue de luces intermitentes en el cielo.

Alguien puso una tarantela en el combinado, un Zenith flamante. La música a todo volumen impulsó a bailar. Hubo gritos, aplausos y el estampido de las botellas destapándose, los corchos lanzados al espacio y chorros de espuma. Sudorosos, con las camisas, chombas, blusas y vestidos pegados al cuerpo, eufóricos, aturridos, hombres y mujeres, con una copa en la mano, se movían ahora al ritmo de un cha-cha-cha italiano mientras los chicos revoloteaban entre ellos. Cuando una nena o un nene lloraba, su madre lo llevaba a uno de los dormitorios y lo acostaba sobre los sacos y pulóveres de los invitados tirados en las camas.

Se hizo un silencio corto. Y entonces fue un tango. El modo en que mi padre, sutil, llevaba a mi madre por la cintura, lo natural y espontáneo que les resultaban los cortes y quebradas daba que pensar. Podía suponerse que habían estado ensayando, pero

no: lo de ellos era instintivo, animal. Yo no recordaba haberlos visto antes así. Al bailar, el uno contra el otro, me revelaban un aspecto oculto, subyugante y envidiable de su historia. Entonces pude entender por qué, si se la pasaban chuceándose, en lugar de divorciarse permanecían juntos. El secreto estaba en ese tango, la delicadeza de la mano de mi padre en la cintura de mi madre, las mejillas juntas, la sensualidad anhelante y pudorosa a un tiempo en un paso sinuoso que estilizaba sus figuras y no me fascinaba solo a mí sino también a los demás, abriéndose para contemplar absortos, maravillados, a mis padres bailando como si estuvieran solos, en silencio, sin esa multitud de parientes ahora muda, que yo nunca antes había visto y nunca después volvería a ver, como tampoco volvería a verlos así a mi padre y mi madre, calientes, ajenos a todo. Solos.

El tango terminó. Hubo un silencio brevísimo, sorpresivo. Tardamos en reaccionar, todavía suspendidos en el encanto del espectáculo. El hechizo se resistía a disolverse. Después, como una tormenta, aliviando la atmósfera caldeada, la lluvia de aplausos encabezados por el primo médico y la prima profesora de piano.

Para que la gilada aprenda, me dijo después mi padre. Hay títulos que no se ganan en la universidad.

En la nueva racha de malaria, mientras mi padre da vueltas en torno a la máquina de escribir, mi madre empeña en el Banco Municipal los anillos de casamiento, una medalla de oro y unas alhajas de plata. No le dan mucho por el conjunto. Pero alcanza para pagar dos o tres impuestos y lo que se le debe al almacenero. En estas circunstancias la paciencia de mi madre se parece a la resignación.

Mi padre me pide que lo acompañe al bar de la vuelta. Pide dos cafés en el mostrador. Después va hacia el teléfono público.

Y llama a los parientes de Ciudad Evita.

Últimamente anduvo perdido, les dice, porque está atravesando una etapa de crisis. Económica y espiritual. Económica porque otra vez tiene que ajustarse el cinturón. Y espiritual porque con la mishiadura perdió la inspiración para seguir su novela.

Del otro lado de la línea, los parientes le dicen a mi padre que los visite, hace tanto que no se ven. Mi padre les agradece la invitación, pero se disculpa. No puede visitarlos, dice, porque está ocupado con una changa que le salió. Aunque va a tardar en cobrarla, no puede descuidarla.

No queremos que pases necesidad, le dicen. Vení que te prestamos unos pesos.

Imposible, dice mi padre. Por la changa.

Y me mira:

Pero puedo mandarlo al pibe.

El pibe soy yo, aunque ya estoy empezando a usar pantalones largos.

Tardo en darme cuenta. Como él no quiere perder su brazo derecho, me delega la responsabilidad de ir en su lugar.

Cuando cuelga el teléfono dice:

A los pequeñoburgueses la beneficencia les enjuaga la conciencia.

En la mañana de invierno mi padre me acompaña hasta la parada del 180 en Directorio. No es la primera vez que viajo solo en colectivo. Pero es la primera que voy solo tan lejos.

Ya sos un hombrecito, me palmea. Con tristeza, me palmea. Y cuando el colectivo se acerca, me recomienda:

Fijate bien dónde traés la guita. Guardala bien.

Es largo el viaje hasta Ciudad Evita. El 180 cruza la provincia, pasa junto a corralones, depósitos y negocios de chatarra. Después bordea los cuarteles de La Tablada y avanza entre unos descampados. Por la ventanilla puedo ver unos bañados espejeantes, la helada que empieza a levantar.

Bajo del 180 en una rotonda, camino dos cuadras entre las calles de chalets. El viento de la mañana es más crudo acá. Antes de llegar a la casa de los parientes, el viento me trae una música de piano: *Para Elisa*. La profesora está en clase. Los tíos me hacen entrar al chalet por una puerta lateral al consultorio y la sala de piano, que da a un lavadero. Después me llevan a la cocina. La melodía del piano arremete y se frena, arremete y se frena, una y otra vez, todo el tiempo. Por la puerta entreabierta de la cocina veo unas baldosas oscuras y brillantes de cera. También los patines. En esta casa todo resplandece, todo huele a limpio. Por un instante me pregunto cómo será vivir aquí. El primo médico me dice que si quiero apreciar el concierto, para entrar al comedor donde su hermana enseña piano, debo ponerme los patines.

La tía me prepara un té. Y me lo sirve en un pocillo de café: Quema, me dice.

Después la tía busca un billete en su monedero. Lo dobla. Y me lo pone en el bolsillito del vaquero.

Terminá el té, me dice.

Aunque me quemó, apuro el pocillo.

De vuelta, en un colectivo vacío, sentado en el último asiento, busco el billete en el bolsillito del vaquero. Abro la ventanilla. Y me pregunto por qué no tirar el billete. Saco el brazo derecho por la ventanilla. El viento me pega en la cara. El sol en los ojos. Mantengo el billete entre dos dedos. El billete flamea. Pero no lo suelto. Llora pero no lo suelto. No lo suelto pero llora.

En casa, le cuento a mi padre la visita a los parientes. A mi padre lo impresiona que me hayan servido el té en un pocillo:

Tacaños, comenta. No te olvides jamás de esta humillación.

Después, cuando le entrego el dinero, el billete doblado, se frota el brazo derecho:

Esta miseria te dieron, dice. Tendría que escribirlo.

---

## GUILLERMO SACCOMANNO

---

Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1948; y hoy reside en Villa Gesell, provincia de Buenos Aires. Trabajó como guionista de historietas en las revistas *Skorpio*, *Superhumor* y *Fierro*. Fue creativo publicitario y periodista. Actualmente dirige un taller de narrativa y es colaborador de *Página/12*.

Obtuvo importantes reconocimientos: Premio Municipal de Cuento, Premio Crisis de Narrativa Latinoamericana, Premio Municipal de Literatura, Premio Club de los XII, Premio Nacional de Novela de la Argentina, Premio Dashiell Hammett de Gijón.

### ¿QUERÉS LEER MÁS DE ESTE AUTOR?

*Situación de peligro* (cuentos, 1986). *Bajo bandera* (cuentos, 1991). *Animales domésticos* (cuentos, 1994). *La indiferencia del mundo* (cuentos, 1997). *Roberto y Eva: historia de un amor argentino* (novela, 1989). *El buen dolor* (cuentos, 1999). *La lengua del malón* (novela, 2003). *El Pibe* (Cuentos, 2006). *77* (novela, 2008).

### ¿QUERÉS SABER MÁS DE ESTE AUTOR?

[www.cuentomilibro.com/entrevista](http://www.cuentomilibro.com/entrevista)

[www.buenosaires.gov.ar](http://www.buenosaires.gov.ar)





Ministerio de  
**Educación**  
Presidencia de la Nación

# Buenos Aires LA PROVINCIA

*Dirección General de*  
**Cultura y Educación**

**PLAN LECTURA**



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL  
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

Exemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

